

021 NSC (USA)

Propiedad de Juan
y Pepita Cortes
Badalona Iris 26

E
B



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 459

50 CTS.



Los
viejos

por
Betty Siddons
Henri De Vries
etc.

Número extraordinario

FilmoTeca
de Catalunya



Los viejos

Argumento de la película

I

Al entrar Richard Waring en su fábrica de automóviles advirtió que entre los operarios había muchas sienas plateadas y muchas manos poco ligeras.

Con razón le llamaban Mano de Hierro, pues férrea era su voluntad y férrea la mano con que dirigía sus negocios.

Era un hombre de edad madura, pero que conservaba todavía las energías de la juventud. Sus facciones eran recias como su figura, un poco ruda su mirada. Con razón le llamaban Mano de Hierro.

Al bajar de su automóvil y ver un perro en la puerta de la fábrica se detuvo, mirando fijamente al portero, que estaba al lado del animal.

—¿De dónde ha salido ese bicharraco?

—Es el perro del vigilante nocturno, señor... Nació en la fábrica—repuso el portero temerosamente.

—Si el vigilante quiere perros, que se los lleve a su casa. ¡Es un animalucho viejo y achacoso!

Y entonces fué cuando entró en la fábrica, advirtiéndolo que había demasiadas cabezas canosas entre sus obreros.

Al llegar a su despacho, vió sobre la mesa una carta, que decía:

“Querido papá: Estoy ocupadísima. Cansada de mi coche, he comprado un caballo. Me debes tres mil libras; te ahorrarás dinero, pues no atropellaré a nadie. Por ahora sólo debes pagar la estancia en el hospital de Jim, el lacayo, a quien le rompió la pierna de una coza.

Besa a mamá sin quitarle el colorete.

Tu hija,

CELIA”

Dejó el papel sobre la mesa, sin sentir frío ni calor por las tonterías de su hija, y llamó al director de la fábrica.

—Necesito una lista de los obreros que pasan de los cincuenta. Veo muchas canas en las sienes y poca destreza en las manos.

Entretanto, Dick, el heredero del gran industrial, se dirigía a tomar su acostumbrado baño en compañía de su hermoso galgo, compañero inseparable de sus correrías.

Se lanzaron los dos al agua y en esto, entre las frondas de la orilla, apareció una bella amazona montada en un magnífico caballo.

—Oye, socialista—gritó a Dick desde la orilla—, ¿ya sabe papá que tienes relaciones con la hija de un empleado de la fábrica?

El nadador giró en el agua como un torbellino y al ver que la que le había hablado era su hermana, replicó:

—Oye, monada, ¿ya sabe papá que tu novio, el marqués de Rocferly, sólo tiene de noble el título?

Y ella picó espuelas a su caballo, internándose en las frondas del bosque, y él

volvió a nadar, invitando al galgo con expresivas voces a que le siguiera.

Cuando Blount, el director de la fábrica, comenzó a preguntar nombres a los empleados viejos de la fábrica, éstos no pensaron en nada bueno.

Blount era el empleado más antiguo de la fábrica y, en su cargo de director, sólo el propietario, Waring, tenía autoridad sobre él.

Tenía tanto talento comercial como Waring, pero esto no le impedía, como a Mano de Hierro, ser generoso con sus semejantes. Trataba suavemente a sus empleados y no por eso dejaban de respetarle y de reconocer su autoridad. Su opinión era que la bondad cabe en todas partes, incluso en la severidad y en el mando, y lo demostraba siendo un excelente director a la vez que un buen compañero.

Volvió al lado de Waring con la lista. Ocho nombres figuraban en ella.

Después de examinada, mientras masticaba enérgicamente su puro, Mano de Hierro dijo:

—¿Qué hacemos en el taller cuando las máquinas envejecen?

—Las mandamos a la fundición para que su hierro sirva para hacer otras nuevas —repuso Blount.

—Pues bien; éstos son máquinas viejas. Creo que no necesitaré darle más explicaciones.



¿Qué hacemos en el taller cuando las máquinas envejecen?

No necesitaba explicar más. Blount lo había comprendido todo. Por eso empalideció ante la magnitud de lo que Waring se proponía hacer,

—Son hombres que han dejado sus energías entre estas paredes... A ellos no podemos fundirlos de nuevo, señor Waring.

Pero Waring no le escuchaba ya. Se había dirigido a su mesa, se había sentado y, sin cesar de dar mordiscos a su puro, revolvió papeles.

Al ver que no le hacía caso y comprender que todas sus súplicas serían inútiles, pasó a su despacho, que estaba contiguo al de Waring.

En este momento entró Dick, con su acostumbrada ligereza.

Por la mirada que su padre le dirigió comprendió que se había retrasado; pero para tales casos tenía él un recurso infalible. Se sentó en la mesa del autor de sus días en el momento en que éste arrojaba la punta del puro que se estaba fumando y, extrayendo uno nuevo de la caja que había sobre la mesa, se lo puso en la boca a Mano de Hierro y lo encendió.

Waring se echó a reír de buena gana. Acaso el único que tenía la facultad de alegrar su gesto siempre duro y hostil era su hijo. El industrial estaba orgulloso de aquel muchacho atlético e inteligente, que hereda-

ría su imperialismo industrial y haría honor a su apellido.

Además, su cariño de padre triunfaba siempre en la rigidez de su corazón.

—¿Por qué has venido tan tarde? ¿No sabes que el futuro dueño de esta industria



En este momento entró Dick en el despacho de Waring.

habrá de ser el primero en llegar, como ahora lo soy yo?

—He tenido que bañarme, hacer gimnasia, leer la Prensa... Además, te quiero pe-

dir permiso para pasar el día en el campo. Un industrial moderno ha de ser algo más que un buen comerciante: ha de ser un hombre fuerte, sano, culto.

Mientras pronunciaba estas palabras abría la caja de los puros disimuladamente y se echaba al bolsillo un buen puñado de ellos.

Inmediatamente dió una palmada en el hombro a Mano de Hierro, al cual era él el único que podía convertir en mano de azúcar, y, sin esperar la contestación a la solicitud de permiso, pues éste era el mejor medio de que no se lo negara, salió del despacho, mejor dicho: pasó al de Blount, director de la fábrica y padre de Elena, la muchacha que traía a mal traer a Dick y que había dado lugar a que su hermana, mientras él se bañaba en el lago, le llamara socialista.

También a Blount le dió una palmada en el hombro y también se sentó en la punta de su mesa. Algo tenía que pedirle, así como le había pedido a su padre.

Blount estimaba de verdad a aquel muchacho, que no hacía honor al dicho de "tal palo tal astilla", y que tenía tan buen cora-

zón y tanta jovialidad como su padre hostilidad, austeridad e inexorable rigidez.

En lo primero que reparó Dick fué en un florero que había sobre la mesa de Blount y, extrañado por aquel detalle, impropio de una oficina, trató de satisfacer su curiosidad:

—¿Qué significa eso?

—Es el regalo de Elenita por mi cumpleaños, el único regalo que he tenido...

Y había en su voz un tono de queja y de amargura.

Inmediatamente tuvo Dick una inspiración.

Se llevó la mano al bolsillo y dijo al director, al mismo tiempo que le ofrecía el puñado de puros de que acababa de provisionarse:

—Ya ve usted cómo también yo me he acordado. Ahí van, con mi felicitación, estos puros. Lo demás vendrá más adelante.

Blount lo comprendió todo, pero agradeció la buena intención que leía en las palabras de Dick y tomó los puros y le dió las gracias alegremente.

Dick consideró el momento muy oportuno

para hacer la petición que le había llevado allí.

—¿Me permite que ofrezca mi automóvil a su hija para dar un paseo?

—Concedido—repuso Blount—, si eres prudente.

—Ya sabe usted que al lado de Elena me transformo—exclamó Dick gezosamente y al mismo tiempo que echaba a correr en dirección al garaje.



II

No era la primera vez que habían marchado de excursión juntos. Dick aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para estar a solas con Elena y demostrarle que nadie la podría querer como él la quería. En cuanto a Elena, correspondía con creces a este halagador arrebatado de cariño.

Era una muchacha dulce, linda, generosa, una de esas muchachas que saben sufrir con la sonrisa en los labios y que han nacido más bien para santas que para seres humanos.

Al principio, había dudado de que Dick, con su porvenir y sus riquezas, pudiera querer realmente a una muchacha que, al fin y al cabo, no era sino hija de un dependiente de su padre; pero, poco a poco, se fué dejando arrastrar por aquel cariño sincero

e impetuoso y en la actualidad sólo tenía corazón para adorar a Dick y para querer a su padre.

En aquella excursión, como en todas y como en todos los simples paseos, les acompañaba el hermoso galgo de Dick.



Era una muchacha dulce, linda, generosa...

Merendaron en medio del campo, en un paraje recogido, donde la fiscalización del perro era lo único que dificultaba sus expansiones.

Pero Dick era el hombre de los recursos. Como a Elena le avergonzaba hacerle la menor concesión cuando la mirada casi humana del perro se fijaba en ella, el galán se dedicó a arrojar piedras todo lo lejos que podía para que el galgo fuera por ellas.



Merendaron en medio del campo, en un paraje recogido.

Durante cada una de estas ausencias, tenía Dick tiempo para dar a Elena dos besos largos. Era matemático.

Pero he aquí que uno de ellos se prolon-

gó demasiado y cuando el perro regresó con la piedra en la boca, quedó muy sorprendido al verles estrechamente abrazados y con las bocas tan unidas que no era posible saber dónde empezaba una y terminaba la otra.

Entonces el perro volvió sobre sus pasos, arancó una florecilla silvestre con la boca e hizo volver a la realidad a los enamorados con un gruñido, entregando entonces a su amo la florecilla, sin duda para que cumpliera con su deber entregándosela a Elena, como él había visto que hacían todos los enamorados.

Esto dió motivo a risas y a caricias por parte de los dos y el can correspondió echando las patas, a falta de brazos, a los hombros, al cuello de su amo y de su futura amita.

* * *

Entretanto, en la fábrica ocurría algo que era como el anverso de aquella felicidad.

A manos del director había llegado una carta que traía una infausta noticia.

Blount había tenido un olvido. Al no confirmar un importante pedido de hierro, como era condición de la casa vendedora, y

al haber sufrido éste una alza considerable, la casa se negaba a servirselo al precio anterior.

Esto significaba una pérdida de algunos cientos de libras y Blount, profundamente contrariado, se vió en el caso de dar inmediata cuenta del hecho al señor Waring y de pedirle perdón por el olvido, que era, acaso, el único que había tenido en los muchos años que llevaba prestando sus servicios en la fábrica.

Cuando el señor Waring recibió la confesión se limitó a hacer uno de sus frecuentes gestos de desagrado y a mirar a Blount fijamente, fijamente a los aladares. Había advertido de pronto que también los cabellos de Blount blanqueaban y la idea de que el director era una máquina vieja como aquellas que había desechado, aquella mañana adquirió cuerpo en su mente.

Volvió la espalda a Blount, dejándole plantado, y le llamó a los pocos minutos.

Le entregó un papel, en el que había escrito con firmes trazos:

“Se necesita jefe de personal y director con buenas referencias, juventud y energía. Escribir a fábrica de automóviles Waring.”

Tembló la mano de Blount y, con ella, el papel que sostenía.

Aturdido por la angustia y por la ira, contempló a Waring y advirtió que continuaba mordiéndose su puro despreocupadamente.

Conocía bien a aquel hombre y sabía que era inútil insistir. Pero quiso siquiera tener el consuelo de decirle antes de marcharse:

—¡Es una buena recompensa por mis servicios de tantos años!

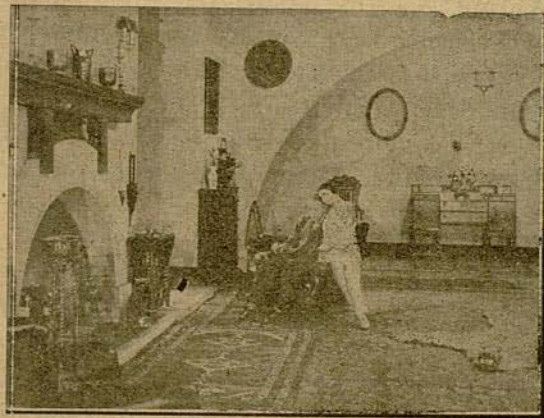
—Los servicios son como las mercancías: se pagan si están en buen estado.

—Está bien, señor Waring. Pero piense usted una cosa. También está cerca la hora de su vejez y todos estamos expuestos a una caída.

Cuando Elena regresó a casa del paseo en automóvil, ya había vuelto su padre de la oficina y ello no le extrañó, a pesar de que era más temprano que de costumbre, porque pensó en que el señor Waring le habría dejado marchar para que celebrase su cumpleaños.

Su perplejidad y su dolor al enterarse de lo ocurrido fueron inmensos. No le inquietaba la idea de la ruina porque habían he-

cho ahorros que les permitirían vivir algunos años sin privaciones, pero... ¿qué sucedería ahora entre Dick y ella? ¿Cómo era posible que dos enemigos irreconciliables autorizaran a sus hijos respectivos a unirse en matrimonio?



Con timidez confesó a su padre estas inquietudes.

Con timidez confesó a su padre estas inquietudes y Blount le contestó, poniéndose en pie convulsivamente y con un furor vengativo que Elena no había visto nunca en los ojos de su padre:

—¡No quiero ni siquiera volver a oír hablar de los Waring! ¡Los detesto profundamente!

* * *

Al mismo tiempo, una escena semejante se desarrollaba en la lujosa mansión de los Waring.

Precisamente, se acercó Dick a comunicar a su padre sus deseos de casarse con Elena, cuando él le advirtió:

—El nombre de Blount ha sido borrado de mi nómina. Al buen entendedor con pocas palabras basta.

Bien sabía Dick lo que aquello quería decir. Su padre tenía referencias de sus amores con Elena, que él sólo consideraría un pasajero flirt, y lo que ahora quería darle a entender era que el flirt había de acabarse.

Pero tanto como esto que le afectaba directamente le preocupó la acción innoble que su padre había cometido con el mejor y más antiguo de sus empleados.

Se olvidó por un momento de que estaba delante de su padre para pensar tan sólo que se hallaba en presencia de un hombre como él, mejor dicho: muy distinto de él.

—Padre, permíteme que te diga que me

has decepcionado. Yo había soñado con que tú fueras con los demás tan justo como conmigo y ahora veo con dolor que has cometido una tremenda injusticia.

—Yo no necesito tus apreciaciones para obrar y te recomiendo que te atengas exclusivamente a lo que te he recomendado.

La ira y el dolor cegaban a Dick y acaso la cuestión se habría agravado peligrosamente de no aparecer en aquel momento la hermana del primogénito para decir a su padre que el marqués de Rocferly, su novio, quería hablarle.

—Que entre en seguida—repuso Waring, deseando poner fin cuanto antes a su escena con Dick.

Entró el marqués. Era un joven regordete y de cara boba, que dió muestras de gran azoramiento apenas cruzó el umbral.

Cuando le tendió a Dick la mano, éste le volvió la espalda y salió de la habitación, lo que aumentó el desconcierto del marqués hasta el paroxismo.

Una vez repuesto y a solas con el señor Waring, aunó todas sus energías para balbucir:

—Pues yo... deseaba... ya sabe usted...

—Lo sé—le interrumpió el señor Waring—. ¿En qué apoya usted su demanda?...

—Pues... en mi nombre... mis títulos... mis castillos...

—De acuerdo—dijo Waring, tendiéndole la mano.

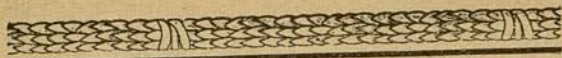


Y llamó a su hija y los dejó a solas.

Y llamó a su hija y los dejó a solas para que se pusieran de acuerdo sobre la fecha de la boda y para que celebrasen a sus anchas el acontecimiento de la aceptación.

También en esto Dick se había mostrado

contrario a las ideas de su padre. A su padre le parecía muy natural comprar un título con millones; a él le repugnaba la idea de que su hermana sirviera como mercancía de semejante comercio.



III

Un auto se detuvo cerca de la casa de Elena y Dick lanzó la señal convenida. Mirando a un lado y a otro, salió Elena. Desde el infausto día en que su padre dejara de pertenecer a la fábrica de Waring habían de verse así, en secreto, como si con ello cometieran algún gran pecado.

Dick hizo subir a Elena al automóvil, instaló al perro en la trasera y salieron de estampía.

El auto se detuvo en casa del pastor, y cuando Elena se dió cuenta de lo que Dick pretendía y trató de oponerse a dar el irremediable paso, él usó de su fuerza de gimnasta.

Media hora después, salían casados de la casita campestre, casados y sin que su boda

hubiera tenido más testigos que el propio pastor y el perro.

* * *

El nuevo director era un hombre joven y enérgico, y estas cualidades fueron casi suficientes para que Waring determinara admitirle.

A los pocos días, determinó el propietario ir a París y dejó la completa dirección de la fábrica y de todos los asuntos comerciales al nuevo y joven director.

Lo llamó desde su casa y allí le dió las oportunas órdenes.

Ya se iba el director cuando Waring advirtió que sobre la mesa se dejaba uno de los papeles que le había entregado.

Le llamó.

—Se dejaba usted la póliza del seguro y el cheque para renovarla.

Un poco contrariado, aunque disimulándolo, por el trabajo abrumador que se le venía encima, el joven director cogió la póliza y el cheque y regresó a la fábrica.

Pasaron diez días. Diez días de trabajo agobiador para el sustituto de Blount. El último, y cuando ya habían pasado las horas reglamentarias de oficina, se presentó el

botones ante el director para anunciarle que un agente de la Compañía Internacional de Seguros deseaba verle.

—Dile que lo siento mucho, pero que no puedo recibirle. Ya debía estar en la calle y aun me queda casi toda la firma.

Era precisamente el día de la llegada de Waring cuando, al atardecer, resonó trágicamente el grito de fuego. Y otras voces añadían: “¡Fuego en la fábrica!”

Coincidieron en su llegada al lugar del siniestro Blount y Dick.

La gente se agolpaba en torno de la inmensa hoguera. El fuego se había propagado tan rápidamente por haber comenzado, sin duda, en los depósitos de gasolina, que se hacía inútil la intervención de los bomberos.

Ante la magnitud de la catástrofe, Blount, al reunirse casualmente con Dick, olvidó sus rencores para hacer un comentario de condolencia.

Dick no tuvo tiempo de contestar. Había visto en una de las ventanas altas de la fábrica algo que atrajo poderosamente su atención y la mirada de sus ojos dilatados.

Sí, sí, era su perro, el que se asomaba

por las llamas y gemía angustiosamente en demanda de socorro.

No lo pensó. Echó a correr, entró en la fábrica y, luchando con el fuego a brazo partido, llegó hasta el alto piso en que el galgo se encontraba.

Lo rodeó con sus brazos y se dispuso a emprender el regreso, cuando advirtió que los bomberos habían llegado y que, enterados de que él estaba allí, le tenían preparada la manta debajo de la ventana.

Arrojó al perro y esperó a que la manta estuviera preparada nuevamente.

Algo le hizo volverse. Había sido como un poderoso soplo infernal. Vió que una lengua de fuego avanzaba hacia él, arrancando crujidos de las maderas y cargando el ambiente de un humo negro y denso que hacía la atmósfera irrespirable.

Hubo de huir al departamento contiguo, pero también en aquél la atmósfera estaba tan cargada que apenas podía respirar.

Comprendió, no obstante, que no había tiempo que perder y abrió la ventana.

Comenzaban a faltarle las fuerzas, pero logró llamar y los bomberos se apresuraron a correr la manta para situarla debajo de

la ventana en la que ahora estaba Dick asomado.

Hizo el joven un esfuerzo para levantar una pierna sobre el alféizar, pero entonces advirtió que estaba demasiado extenuado para realizar la operación que en otra circunstancia tan fácil le habría parecido.

Por dos veces intentó aunar todas sus fuerzas para arrojar y por dos veces fracasó. A la tercera se le vió caer en el interior completamente exánime.

Un grito unánime se escapó de la multitud, y un hombre se destacó de la masa de espectadores, entrando resueltamente en la fábrica.

Aquel hombre era Blount, Blount, el bueno, Blount el honorable.

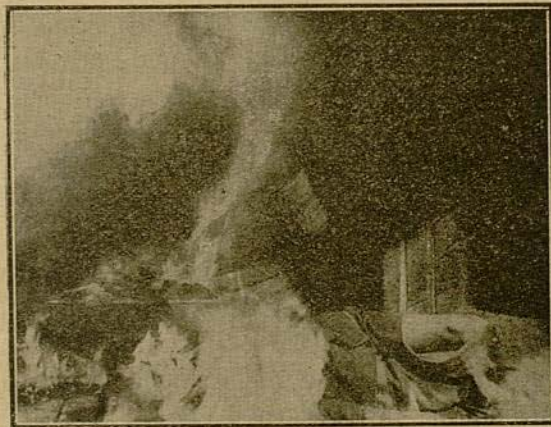
Luchando bravamente con las llamas y con sus años, demasiados para aventurarse en aquellas hazañas, llegó hasta donde estaba, se lo echó al hombro y, advirtiendo, al pasar, que una de las escaleras que daba a la parte posterior de la fábrica estaba intacta todavía, bajó por ella.

Salió al campo y no se detuvo hasta haber llegado a un pabellón que pertenecía a la fábrica, pero que estaba lo suficiente dis-

tanciado de ella para que no hubiera que temer peligro ninguno para que se desplomase.

Dejó caer el exánime cuerpo de Dick y cayó él, extenuado.

Sólo entonces, pasado el momento enlo-



...A la tercera se le vió caer en el interior completamente exámine.

quecedor del peligro, se dió cuenta Blount de lo que había hecho. Había salvado de la muerte a un Waring, es decir: había devuelto la vida al hijo de quien había hecho

algo peor que quitársela a él, despidiéndole cuando era viejo y no le querían en ninguna parte, después de haber aprovechado todo el jugo de su juventud.

En aquellos días últimos, en el alma buena de Blount se había revuelto y había adquirido vida ese fondo de maldad que todo ser humano lleva dentro. Exasperado por su desgracia, enloquecido por la maldad ajena, hubo momentos en que dejó de ser bueno para ser vengativo, para pensar en el insano placer de la venganza. Hasta el animal más noble se revuelve y acomete cuando le acosan.

Ahora, al ver tan de cerca aquel rostro que le recordaba el del desalmado tirano, el *yo* perverso y vengativo hizo una aparición repentina en aquel ser obsesionado por perturbadoras cavilaciones.

Y hubiera deseado que las cosas pudieran deshacerse para dejar entre las llamas a Dick.

De pronto, abrió éste los ojos y le contempló con extrañeza.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me ha traído aquí? ¿Qué significa esto, Dios mío?

Y al mismo tiempo que lanzaba estas ex-

clamaciones se apretaba con las manos las sienes como si le dolieran.

En seguida comprendió Blount que se trataba de un caso de amnesia, provocado por los recientes sucesos. Dick había perdido la memoria. No le reconocía a él, como no reconocería a su padre si lo viera. No se acordaba de nada...

Y como el *yo* perverso y vengativo seguía adueñado del espíritu de Blount, concibió un proyecto que le hizo reír como un demente.

En seguida lo puso en práctica.

Era de noche y no había nadie en el camino. Cuando amaneciera y le pudieran ver Dick estaría ya muy lejos, muy lejos... Como no recordaba nada, no podría regresar ni dar los informes necesarios para que le condujeran a casa. El estado de Dick era propenso a la pérdida de la voluntad y a la suplantación de ella por la ajena.

Le obligó a levantarse, le llevó hasta el comienzo del camino y le ordenó:

—Sigue... Adelante... Siempre adelante...

Como un hipnotizado, Dick obedeció.

Echó a andar, a andar y se perdió en la sombra de la noche...

IV

Al llegar Waring a su casa de regreso del viaje de París, el criado le dió la triste noticia.

Pero el poderoso industrial apenas dió al hecho importancia.

Poco después, mientras tomaba un cóctel en compañía de su futuro yerno, el marqués de Rocferly, resumía sus comentarios en estas frases:

—Nada... Trabajo para albañiles... Todo estaba asegurado... Así liquido el material viejo.

—Pero los obreros sin trabajo...

—Nadie se muere de hambre en el mundo... Con la voluntad todo se vence... Cuando llegué a Londres nada tenía... La nueva fábrica será la obra de mi hijo...

Pero su actitud fué muy distinta cuando,

a la mañana siguiente, al saber que su hijo no había aparecido por casa y disponerse a salir en busca de noticias, una comisión de obreros fué a darle el pésame.

Waring sintió asombro y terror. ¿El pésame?...

—Sí, los dolores hermanan a los hombres y queremos hacer a usted presente nuestro sentimiento por la muerte del señorito Dick. Todos le queríamos mucho. Era tan bueno... Hasta el último momento lo demostró. Por salvar a su perro de las llamas pereció él entre ellas...

Puede decirse que hasta entonces no había conocido Waring el verdadero dolor. Siguiéron unos días angustiosos en el palacio del poderoso industrial, unos días en que aquella férrea voluntad amenazó derrumbarse y en que la "mano de hierro" tembló indecisa.

Triunfó, al fin, el fuerte temperamento de Waring y un día decidió reanudar su vida comercial, mejor dicho: rehacerla.

Su primer cuidado fué arreglar la cuestión del seguro y se dirigió a la Compañía. Iba con el sustituto de Blount.

Por primera vez después de la catástrofe sonrió Waring al decir:

—¡Vaya pellizco que voy a dar a la caja de ustedes!

El gerente de la Compañía sonrió también al replicar:

—No sé a qué pellizco se refiere usted.

—¿A cuál ha de ser? Al del incendio de mi fábrica.

Esta vez el gerente adoptó una actitud de condolencia.

—Desgraciadamente para usted, señor Warin, su póliza había caducado.

Waring sonrió con incredulidad.

—¡Eso quisieran ustedes! Recuerdo perfectamente haber firmado el cheque de la renovación momentos antes de salir para París.

El joven director empalideció de pronto. Había tenido un recuerdo. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo la póliza vencida con el cheque prendido en un extremo.

—Me olvidé, señor Waring — dijo con profundo azoramiento.

Waring se puso en pie en una convulsión, le arrebató la póliza y le despidió con un movimiento de cabeza.

Holgaban las palabras. Aquello merecía algo más que una simple cesantía y el joven director podía darse por satisfecho en que las cosas quedaran así y se alejó para siempre del lado de Waring.

Se rehizo éste mediante un esfuerzo sobrehumano.

—Comprendan ustedes—dijo—que, tratándose de un seguro de tanta importancia, debieron avisar.

—Uno de mis agentes fué a su oficina y el director no le recibió, alegando que tenía mucho trabajo.

Definitivamente, la voluntad de Mano de Hierro se derrumbó y salió de allí con la espalda doblada y humillada la vista por primera vez.

* * *

En su hogar, formado con el imperativo del dinero y donde éste había sido siempre el lazo de unión que solucionaba todos los conflictos y zanjaba todos los conatos de discordia, la falta de la fortuna dió origen a la falta de amor.

Estaba arruinado. Recientes reformas que había realizado en la fábrica dejaron extenuadas sus cuentas corrientes.

“Hay que volver a levantar la fábrica, hay que volver a levantar la fábrica”, se repetía incesantemente.

Pero he aquí que todas las puertas se le iban cerrando. Nadie quiso concederle un crédito. No se dudaba de sus aptitudes excepcionales para el comercio, pero no era ya ningún joven en cuya energía se pudiera confiar.

Estas alusiones le hicieron mirarse al espejo y vió con horror que habían surgido en sus aladares las primeras canas.

Y aun le reservaba el destino desdichas mayores.

Cuando, harto de buscar en puertas ajenas, quiso echar mano de las joyas de su esposa, ésta se negó a dárselas. Por nada del mundo se abriría ella desprendido de aquellas joyas que durante tanto tiempo habían sido la base de su frívola vida y de su loca vanidad.

Desalentado por la negativa y por el desamor que implicaba, trató de buscar refugio en los brazos de su hija y ésta le respondió de modo semejante.

Ella no podía prescindir de sus caballos ni de su automóvil.

Y aun le echó en cara:

—Hemos quedado en ridículo ante el marqués de Rocferly. Ahora ya no querrá casarse conmigo. ero tendré buen cuidado en devolverle su palabra antes de que me humille él con su desprecio... Te luciste con tu nuevo director.

Y en pocos días, aquel anuncio de canas se convirtió en compacta nieve. Envejeció a razón de año por día y pensó con dolor: “Soy una máquina vieja, una máquina inútil...”

* * *

Quedó el campesino perplejo al ver que por en medio de la carretera iba un joven con las ropas destrozadas, negro más que sucio y andando como un muñeco al que hubieran dado cuerda.

Era el amanecer. Dick había recorrido muchos kilómetros.

Le llamó el campesino y él acudió en seguida a su llamada como un autómata.

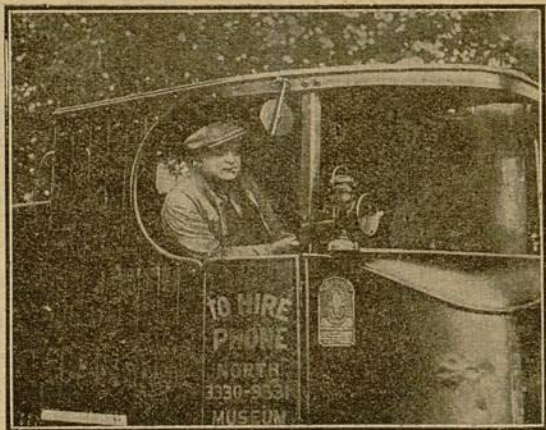
El campesino era un buen hombre obeso con cara de luna llena.

—¿Adonde va usted de ese modo?—le preguntó.

Dick le contempló estúpidamente. Se en-

cogió de hombros y trató de proseguir su camino.

El campesino le detuvo cogiéndole por un brazo y el joven protestó:



Quedó el campesino perplejo al ver que por en medio de la carretera iba un joven con las ropas destrozadas.

—Déjeme. He de ir hacia adelante, siempre hacia adelante...

—No puede usted ir así por el mundo. ¿Qué le ha sucedido?

—No sé... no me acuerdo... No puedo pensar...

Y hacía un gesto de dolor al decir esto.

El campesino no sabía lo que era amnesia, ni había oído pronunciar en su vida semejante palabra, pero sospechó que algo grave ocurría en la cabeza de aquel muchacho y su buen corazón le impidió dejarlo marchar.

—Venga usted a mi casa y acaso recuerde cuando haya usted descansado.

Dick se dejó conducir estúpidamente.

Le dieron ropa, comida, le hicieron descansar, pero Dick seguía pronunciando con un gesto de dolor las repetidas palabras.

—No me acuerdo... no me acuerdo...

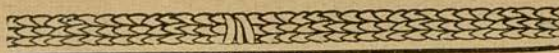
Y pasaron los días y Dick seguía sin acordarse, sin acordarse.

Los aldeanos no tenían para estar alimentando a un hombre gratuitamente, pero tampoco podían dejarle marchar a la buena de Dios. Por fin hallaron la solución del problema. Le enseñarían un oficio, el de criado por ejemplo, y verían de colocarle en casa de algún señor de las cercanías.

Y comenzaron las sesiones. En tanto el matrimonio estaba sentado a la mesa, un

pariente de ellos que había sido camarero enseñaba a Dick sobre el terreno el arte de servir a la mesa.

Así pasaron para Dick los días lejos del arruinado hogar paterno.



V

El conflicto conyugal determinó a la señora de Waring y a su hija ausentarse de la casa hasta que el asunto del divorcio estuviera arreglado y así fué como Mano de Hierro se vió solo, completamente solo con su dolor.

Seguía intentando rehacer lo deshecho y con este motivo visitaba a sus antiguos clientes y a los bancos en los que meses atrás tanta fuerza tenía su firma.

En todos recibía la misma respuesta. Su pericia no era suficiente garantía para abrirle un crédito.

Y salía de allí para hallar la misma contestación en otra parte.

No quedaba nada del hombre de hierro de otros días. Ahora andaba con la cabeza

baja y sus gestos no eran de dureza sino de humildad.

Un día al salir de una de estas vanas visitas las fuerzas le flaquearon y se desplomó.

En aquel momento pasaba por allí Elena. Desde la muerte de su marido no salía nunca de casa más que para ir a la iglesia a rezar por él y, en el dolor, la bondad de su corazón había crecido hasta casi la santidad.

Waring había caído cerca de ella y se apresuró a auxiliarle al reconocerlo.

Otros transeúntes se habían acercado y entre ellos había un gendarme.

Se habló se llevarle a la casa de socorro, pero Elena manifestó:

—Es pariente mío. Como se trata de un simple desvanecimiento, podemos llevarle a mi casa si ustedes me ayudan.

La ayudó el gendarme y entre éste y el chofer de un taxi lo colocaron en el auto y lo trasladaron a una habitación de la casa de Elena, cuando llegaron.

Esta lo hizo acostar en la *chaise longue* del vestíbulo y le aplicó todos cuantos remedios caseros conocía.

En esta operación estaba ocupada, cuando apareció Blount.

Este regresaba con el natural mal humor de una visita que había realizado en demanda de un empleo que ofrecían los periódicos, y donde se le había dicho lo de siempre: para aquel cargo se necesitaba un hombre joven y enérgico.

Al ver a Waring sus iras se recrudecieron. La irritabilidad de Blount no había cesado de crecer desde que a las preocupaciones de su cesantía añadiera las que se derivaron de los trágicos acontecimientos del incendio. Estaba como enloquecido, mucho más delgado y mucho más viejo. Del Blount generoso de otros días no quedaba el menor vestigio.

—¿Qué hace ese hombre aquí?—preguntó iracundo.

—Se ha caído en medio de la calle y no he podido pasar por su lado sin prestarle auxilio.

Había en las palabras de su hija una firmeza que le desarmó. Únicamente Elena tenía la virtud de tranquilizarle y de consolarle en aquel mar de inquietudes y exas-

peraciones en que le parecía haber naufragado.

Calló y se dedicó a contemplar a su amigo. Mirándole una extraña luz o un extraño fuego de venganza surgió a sus ojos como había surgido aquella otra vez inolvidable en que salvó a Dick de las llamas.

Esta luz acabó por convertirse en alegría, en una alegría extraña, como de demente que en vano trató de disimular.

Había pensado: "Humíllale hasta que tus manos le manejen como a un muñeco. Que se doblegue a tu voluntad como un día te doblegabas tú a él. Que sufra de tu tiranía como tú sufriste de la suya. Avergüénzalo con la limosna."

E incluso ayudó a su hija a auxiliar al enfermo.

* * *

Cuando Waring volvió en sí se mostró muy sorprendido.

—¿Qué es esto? ¿Por qué estoy aquí?

Y contemplaba a Blount como si temiera haber sido secuestrado por él.

—Tranquícese, señor Waring. Se ha desvanecido usted en medio del arroyo y he

creído cumplir con mi deber trayéndolo a mi casa.

El tono amable con que estas palabras fueron pronunciadas devolvió a Waring la tranquilidad.

—Casa... ¡Quién pudiera decir lo mismo!... Yo no tengo casa... Yo no tengo a nadie. Todo era una farsa... Cariño, riquezas... ¡todo!

—Le queda a usted mi amistad, señor Waring. Usted tiene una casa que es ésta.

—Pero yo no puedo aceptar...

—Quédese usted aquí—intervino Elena—hasta que se restablezca y recobre las fuerzas perdidas. Marcharse así sería una locura.

Blount le dió una copa de ron y le ofreció su petaca.

—No tengo pipa—repuso Waring humildemente y con la alegría de la reacción.

Le regaló Blount una pipa y cuando Waring trató de devolverle el tabaco, dijo:

—Quédeselo. Le hará falta.

Desde entonces empezó una obra sutil de perversidad y de venganza por parte de Blount.

Por las noches hacía tocar en el piano

a su hija la canción que Dick compuso y se recreaba viendo cómo Waring se debatía presa de angustiosas evocaciones.

No desperdiciaba ocasión de recordarle al hijo perdido y de echarle en cara su vejez repitiendo aquellas mismas palabras que él le dijo un día para despedirle de su fábrica... Máquinas viejas... Máquinas viejas...

La casa de Blount estaba en las afueras, casi en pleno campo y tenía una hermosa terraza y habitaciones amplias y limpias donde sólo podía respirarse aire puro.

Aquellos días de reposo y de cuidados sentaron muy bien al relajado cuerpo de Waring y trató de marcharse a reanudar sus trabajos de rebusca.

—Es inútil, señor Waring... No le querrán en ningún sitio... Tiene usted la cabeza blanca como la nieve... ¿Qué hacía usted con las máquinas viejas de sus talleres?

—Yo no puedo vivir de limosna—se lamentó el viejo.

—No se preocupe y tome lo que se le da con buena voluntad... ¿Adónde va usted a ir? No tiene casa... no tiene amigos... Todos le han olvidado...

—Es verdad... es verdad... No tengo a nadie...

Y se quedó, pero a condición de que le dejara trabajar en su garage prometiéndole no querer saber antes de hora cuál era su trabajo.

Blount le prometió no ser curioso y Waring continuó viviendo en la casa de su ex director...

Todas las tardes se pasaba una hora encerrado en el garage realizando su misterioso trabajo.

en el delicado asunto de no mezclarse en él el nombre de su hijo.

—¡Mi hijo no fué un canalla! ¡Quién le acuse mente!

Había una valiente firmeza en esta afirmación y Blount replicó con violencia.

—¡Dejadme hablar a mí!—exclamó Elena, interponiéndose.—Tiene razón el señor Waring. Dick no es un canalla. Mi hijo será el hijo de un matrimonio unido legalmente y bendito por Dios.

Y ante la estupefacción de los dos viejos refirió su secreto casamiento.

—Dick era un caballero y como ustedes se oponían a nuestros amores y él quería cumplir con la palabra de matrimonio que me había dado, como me adoraba tanto como yo le adoraba a él, determinó casarse sin temor a las consecuencias que podía reportarle su acto.

La escena experimentó una transformación radical. Los dos viejos sintieron remordimiento por pasadas culpas y humillaron la cabeza.

VI

Llegó un día en que Elena no pudo seguir guardando su secreto. Mil detalles la delataban. La maternidad es algo sublime e inocultable.

Fué Blount el primero en saberlo. Su impresión fué enorme.

—¿Seducida tú? ¿Tú engañada? ¿Quién fué el malvado?

—Yo te explicaré papá... Dick...

No pudo continuar. El nombre del hijo de Waring fué para la ira de Blount como un resorte de explosión.

—¡Debí figurármelo! ¡Debí esperarlo todo de ese canalla!

En este momento apareció Waring. Lo había oído todo y no se hubiera mezclado

* * *

La idea de que iba a tener un nieto, sangre de su sangre y de la de su hijo, llenó de gozo el alma de Waring, el cual pareció renacer a la vida.

A Blount, en cambio, le llenó de turbación.

Era el marido de su hija el que por su causa había desaparecido. Era el padre de su nieto el que por causa suya habría muerto o estaría muriendo como un vagabundo.

La primera noche salió al camino por donde Dick se había alejado y escudriñó las sombras con la loca esperanza de verle. Al día siguiente dió órdenes a una agencia de detectives para que lo buscaran. Y precisamente el día en que el nieto vino al mundo recibió una información negativa de la agencia de detectives. No se veía rastro de un joven semejante al descrito por él.

* * *

Entretanto, en casa de Waring una madre y una hija comenzaban a darse cuenta del mal que habían hecho a un ser al que querían como ellas no podían imaginarse.

Un día, paseaba la señorita Waring por el lago en una barca cuando una lancha de motor estuvo a punto de abordarla.

La detuvo el que la conducía y los dos quedaron asombrados al reconocerse. El era el marqués de Rocferly.

La saludó atentamente. Ella correspondió con una cortesía convencional y cuando fué a continuar su paseo, el marqués la detuvo.

—Aun no sé, amiga mía por qué rompió usted nuestro compromiso. ¿Ni siquiera el derecho a saberlo me concede usted?

La joven quedó profundamente turbada. El marqués, como todos, conocía su ruina. Sin embargo, su ex prometido le hablaba con un tono lleno de afecto y de imploración.

Tal tono de sinceridad hubo en sus palabras, que la muchacha no vaciló en decirselo todo claramente.

La respuesta del marqués fué cogerla por la cintura y trasladarla a su canoa, donde le reveló importantes secretos.

El, a pesar de su fama de cazador de dotes, no era tal, pues tenía bastante más dinero del que tuviera su padre en los mejores tiempos. Pero él no se preocupaba de esas pequeñeces que le parecían ridículas al lado del amor y le parecía mancillarlos mezclándose con ellas.

Cuando supo que su hogar estaba deshecho aseguró que intervendría para volverlo a formar y en estas afirmaciones había tanta energía como cuando rodeó a su prometida con sus brazos y le dió un beso del que ella no trató de defenderse.

* * *

Al conducirla Waring al garage para mostrarle su secreta obra ya terminada y ver que ésta era una lápida de mármol con el nombre de Dick y la fecha de su muerte,

Blount no pudo seguir guardando el atormentador secreto y lo contó todo.

La escena fué violentísima. Waring reco-



...y exigirle enloquecido que le devolviera a su hijo.

bró sus fuerzas juveniles para abalanzarse sobre Blount y exigirle enloquecido que le devolviera a su hijo.

La intervención de Elena salvó la situa-

ción de momento, pero la empeoró después, pues al saber el delito de su padre, determinó marcharse con su hijo a donde no la pudieran volver a ver.

* * *

La señora de Waring hizo detener el automóvil de pronto y lanzó un grito al reconocer a Dick, el cual estaba estúpidamente parado en medio de la acera.

La misma emoción experimentó su hermana, pero ésta no permaneció inmóvil sino que bajó del auto y corrió hacia Dick.

El no daba muestras de conocerla y en vano se esforzaba su hermana por hacerle recordar...

De pronto se oyó una campana que sonaba insistentemente y todos los vehículos se detuvieron para dar paso a los autos del servicio de bomberos.

Al oír esta campana pasó algo extraño en el alma de Dick. Una sombra de recuerdo pasó por su mente. El dolor que experimentaba le hizo llevarse la mano a la ca-

beza, pero seguía sonando la campana y continuaba él recordando, recordando. Vió llamas... un perro... su perro... un gran edificio se quemaba... su fábrica... sí, era su fábrica... Abrió los ojos y se quedó mirando a su hermana estupefacto.

—¡Hermana mía! ¿soy yo? ¿soy Dick?... Sí... Ahora recuerdo... por fin recuerdo...

* * *

Cuando llamaron a la puerta y, al abrir Blount, vió el rostro alegre de Dick, estuvo a punto de desvanecerse. Se dejó abrazar por él con los brazos péndulos y los ojos impávidos.

Apareció entonces el señor Waring y un grito salió de su boca y de su corazón respondiendo a otro grito igual de Dick.

Después correspondió enloquecer de asombro y de alegría a Elena.

Y cuando ésta le condujo a la cuna donde el hijo rebullía, el matrimonio volvió a abrazarse, esta vez con más suavidad por-

que entre ellos estaba el cuerpecillo de la criatura.

Y al mismo tiempo que Elena rodeaba a Dick y aprovechando la ocasión de que estaba de espaldas a la puerta del aposento, desde donde los viejos contemplaban la escena, se llevó la joven el índice a los labios por encima del hombro de Dick en un gesto que Waring y Blount interpretaron en seguida.

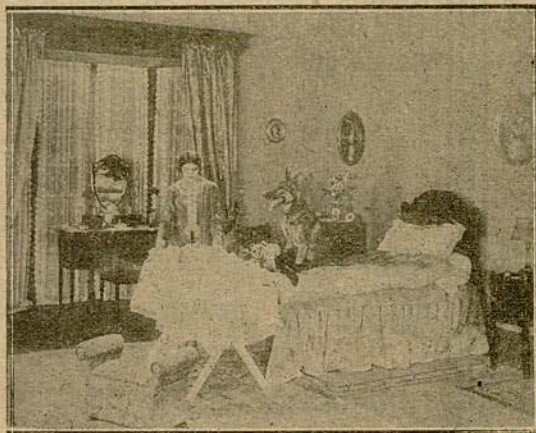
—Silencio... Que Dick no sepa nada... Perdonémonos unos a otros...

* * *

Y así fué. Nunca supo nada Dick. El perdón y la felicidad cayeron como una bendición sobre aquella casa.

Dick y su cuñado el marqués levantaron de nuevo la fábrica y el hogar deshecho se rehizo y todos vivieron en una misma casa, pues ninguno se resignaba a estar lejos del retoño.

Menos mal que pronto la hija de Waring aumentó en otro ser la familia y entonces



Menos mal que la hija de Waring aumentó en otro ser la familia.

eran dos a repartirse los mimos de los abuelos.

FIN

**L
a
N
o
v
e
l
a**
para
**T
o
d
o
s**

Números publicados:

1. **Mary la buena, Mary la mala**
por Manuel Reinlein Sotomayor
2. **La que no pudo ser mala**
por Sara Insúa
3. **La estrella de los montes**
por R. Merchán Vargas
4. **Ella, Él y el Perro**
por Jorge Clary

Ayer salió:

Alicia, la divina amante
por L. Linares Lorca

COLABORACIÓN SELECTA
Precio: 30 cts.

Otro gran éxito

La Novela Sentimental Precio:
30 cts.

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.